

impresiones, tiene que ser un puro autómatas; no puede tener memoria. De principios inciertos é insignificantes, este aparato se desarrolla gradualmente, y á medida que adelanta su desenvolvimiento, aumenta la capacidad intelectual. En el hombre esta retentiva ó registro alcanza su perfección; se guía por las impresiones pasadas tan bien como por las presentes; influye en él la experiencia; su conducta, la determina la razón.

Cuando un animal adquiere capacidad para poder transmitir un conocimiento de las impresiones que conserva en sus centros nerviosos, á otro animal de su misma especie, se verifica un gran progreso. Esto marca el paso de la vida individual á la social, lo que ciertamente es bien importante. Los insectos superiores lo realizan por el contacto de las antenas; el hombre, por la palabra. La humanidad en sus principios, en su estado salvaje, se hallaba limitada á transmitir sus conocimientos verbalmente de una persona á otra; las acciones y pensamientos de una generación podían comunicarse á otra, é influir, por tanto, en los de ésta.

Pero la tradición tiene sus límites. La facultad de hablar hace posible la sociedad y nada más.

No sin interés notaremos los progresos del desarrollo de esta función. El invento del arte de la escritura extendió é hizo durable el registro ó recuerdo de las impresiones; éstas, que hasta aquí habían sido conservadas en el cerebro de cada hombre, podían ahora transmitirse á toda la raza humana, siendo duraderas para siempre. La civilización se hizo posible, porque la civilización no puede existir sin la escritura ó algún otro medio de recuerdo.

Desde este punto de vista psicológico, comprendemos la significación real del invento de la imprenta ó desarrollo de la escritura, que aumentando la rapidez de la difusión de las ideas y asegurando su permanencia, tiende á promover la civilización y á unificar la raza humana.

En los párrafos anteriores, relativos á las impresiones nerviosas, al modo de registrarlas y á las consecuencias que se desprenden de ellas, he dado un extracto de las opiniones presentadas en mi obra sobre *Fisiología humana*, publicada en 1856; para más pormenores puede el

lector acudir al capítulo que trata de *La Visión inversa ó Vista cerebral*, al cap. XIV, lib. I, y al cap. VIII, lib. II.

La única senda para la psicología humana científica es la de la psicología comparada, camino largo y cansado, pero que conduce á la verdad.

¿Hay, pues, una vasta realidad espiritual que llena el universo, como hay una vasta realidad material, un espíritu que, como nos dice un gran autor alemán, «duerme en la piedra, sueña en el animal y se despierta en el hombre?» ¿Viene el alma de la una, como de la otra el cuerpo? ¿Vuelven de un modo análogo á la fuente de donde han salido? Si así sucede, podemos interpretar la existencia humana y conciliar nuestras ideas con la verdad científica y con la concepción que tenemos de la estabilidad é invariabilidad del universo.

A esta realidad espiritual dieron los sarracenos, siguiendo á las naciones orientales, el nombre de *Inteligencia activa*. Creían que el alma del hombre emanaba de ella, como una gota de lluvia viene del mar y á él vuelve; así nacieron entre ellos las imponentes doctrinas de la emanación y de la absorción. La inteligencia activa es Dios.

En la India, como hemos visto, fué desarrollada esta idea en una de sus formas, de una manera magistral é incorporada al vasto sistema práctico del budhismo, por Chakia Muni; Averroes, entre los sarracenos, la presentó en otra con menos poder.

Pero quizás debemos decir que los europeos tienen á Averroes por el autor de esta doctrina porque le ven solo, aislado de sus antecesores; mas los mahometanos le dieron poco crédito en cuanto á su originalidad y lo consideraban como un comentador de Aristóteles que presentaba las ideas de la escuela filosófica de Alejandría y de otras de tiempos anteriores al suyo. Los siguientes extractos del *Ensayo histórico sobre el averroísmo*, por Mr. Renan, indicarán cuán estrechamente se acercaban las ideas mahometanas á las que hemos presentado antes.

Este sistema supone que, á la muerte de un individuo, su principio inteligente ó alma no sigue poseyendo una existencia separada, sino que vuelve ó es absorbida



en el espíritu universal, la inteligencia activa, el alma del mundo, que es Dios, de quien ciertamente había emanado en su origen.

La inteligencia universal, activa ú objetiva es increada, impasible, incorruptible; no tiene ni principio ni fin; no aumenta, como no aumenta el número de almas individuales; está separada de la materia; es como un principio cósmico. Esta unidad de la inteligencia activa, ó razón, es el principio esencial del averroísmo y está en armonía con la doctrina cardinal del mahometismo: la unidad de Dios.

La inteligencia individual, pasiva ó subjetiva, es una emanación de la universal y constituye lo que se llama alma del hombre. En un sentido, es perecedera y concluye con el cuerpo; pero en otro más elevado es indestructible, porque después de la muerte vuelve ó es absorbida en el alma universal; y así, pues, de todas las almas humanas sólo queda una finalmente, esto es, el conjunto de todas ellas. La vida no es propiedad del individuo; pertenece á la naturaleza. El fin del hombre es entrar en una unión más y más completa con la inteligencia activa, la razón; en esto consiste la felicidad del alma; nuestro destino es el reposo. Opinaba Averroes que la transición de la individualidad á la universalidad es instantánea al morir; pero los budhistas sostienen que la personalidad humana continúa por cierto tiempo declinando antes de llegar al aniquilamiento; entonces se alcanza á Nirwana.

La filosofía no ha propuesto nunca más que dos hipótesis para explicar el sistema del mundo: primera la de un Dios personal que existe separadamente, y un alma humana traída á la existencia ó creada, y, por lo tanto, inmortal; segunda, la de una inteligencia impersonal ó Dios indeterminado, y un alma que nace de él y á él vuelve. En cuanto al origen de los seres hay dos opiniones contrarias: primera, la de que han sido creados de la nada; segunda, la de que han venido por el desarrollo de formas preexistentes. La teoría de la creación pertenece á la primera de estas hipótesis, y la de la evolución á la segunda.

La filosofía tomó, pues, entre los árabes la misma dirección que en la China, que en la India y que en todo el Oriente. Su espíritu era admitir la indestructibilidad de la materia y de la fuerza. Veía cierta analogía entre la reunión de materia de que se compone el cuerpo del hombre, la cual está tomada del vasto depósito de la naturaleza, y su restitución final á este depósito, y la emanación del espíritu del hombre de la inteligencia universal, la Divinidad y su reabsorción final.

Habiendo de este modo indicado con suficientes pormenores los caracteres filosóficos de la doctrina de la emanación y la absorción, debo ahora relatar su historia. Introducida en Europa por los árabes de España, fué ésta el foco de donde partió, invadiendo todas las inteligencias de Europa, y en la misma España murió tristemente.

Los califas de la Península se habían rodeado de todo el lujo de la vida oriental. Tenían magníficos palacios, jardines encantadores, serrallos poblados de hermosas mujeres. La Europa de hoy día no presenta más gusto, más refinamiento, más elegancia que la que se veía en la época de que hablamos en las capitales de los árabes españoles. Sus calles estaban alumbradas y embaldosadas; los muros de las casas cubiertos de frescos y de alfombras los suelos; en el invierno caldeadas con braseros y templadas de los ardores del verano por aire perfumado que conducían tubos ocultos bajo los pisos, desde ramilletes de flores; tenían baños, bibliotecas, comedores y fuentes de agua y de azogue. En la ciudad y en el campo, siempre había fiestas y bailes al són del laud y de la mandolina; y en lugar de la glotonería y la embriaguez de sus vecinos del Norte en sus orgías, distinguíanse los moros por la sobriedad de sus fiestas; el vino estaba prohibido. Las encantadoras noches de luna de Andalucía eran empleadas por los moros, en sus retirados jardines de hadas ó en los bosquecillos de naranjos, en escuchar algún romance ó en discutir algún tema filosófico; se consolaban de los desengaños de este mundo por reflexiones tales como las de que si la virtud fuese recompensada en esta vida, no tendríamos la esperanza de la futu-



ra, y se reconciliaban con el trabajo diario porque creían encontrar descanso después de la muerte; descanso al que jamás seguiría el trabajo.

En el siglo décimo, el califa Hakem II había hecho de la hermosa Andalucía el paraíso de la tierra. Cristianos, musulmanes y judíos se reunían sin temor. Entre muchos nombres célebres que han llegado hasta nosotros, se halla el de Gerberto, que más tarde fué papa; allí también estaba Pedro el venerable y muchos eclesiásticos cristianos. Pedro dice que encontró hombres instruidos que habían venido hasta de Bretaña para estudiar astronomía. Todos los sabios, cualesquiera que fuesen su país y la religión que profesaran, eran bien recibidos. El califa tenía en su palacio una fábrica de libros, con copistas, encuadernadores y miniaturistas, así como agentes para comprarlos en todas las grandes ciudades de Asia y Africa. Su biblioteca contenía cuatrocientos mil volúmenes, magníficamente encuadernados e iluminados.

Por toda la extensión de los dominios mahometanos, en Asia, Africa y España, la clase baja de los musulmanes alimentaba un odio fanático contra la instrucción. Entre los más devotos, aquellos que pretendían ser ortodoxos, tenían penosas dudas sobre la salvación del gran califa Al-Mamun, el malvado califa, como le llamaban; porque no sólo había distraído al pueblo, introduciendo los escritos de Aristóteles y otros griegos paganos, sino que había atacado la existencia del cielo y del infierno, diciendo que la tierra era un globo y pretendiendo medir su tamaño. Estas personas, por su número, constituían un poder político.

Almanzor, que usurpó el califato en perjuicio del hijo de Hakem, pensó que su usurpación sería apoyada si se ponía á la cabeza del partido ortodoxo. Hizo buscar, por lo tanto, en la biblioteca de Hakem todos los libros de filosofía ó de ciencias, los que fueron llevados á la plaza y quemados, ó arrojados á las cuevas del palacio. Por una revolución cortesana de la misma índole, Averroes, ya anciano (murió en 1198), fué expulsado de España, por traidor á la religión: el partido religioso había triunfado

del filosófico. Una oposición á la filosofía se había organizado por todo el mundo musulmán. Difícilmente hubo filósofo que no fuese castigado; algunos fueron sentenciados á muerte, siendo la consecuencia de este rigor que el islamismo se llenase de hipócritas.

En Italia, en Alemania y en Inglaterra, había caminado el averroísmo silenciosamente. Los franciscanos lo acogieron con favor y halló su foco en la universidad de París; muchos de los jefes científicos más ilustrados lo habían aceptado, pero al cabo, los dominicos, rivales de los franciscanos, dieron la señal de alarma. Decían que destruía toda personalidad, que conducía al fatalismo y hacía inexplicables la diversidad y el progreso de la inteligencia individual. Declarar que sólo hay una inteligencia, es un error subversivo del mérito de los santos y una aserción de que entre los hombres no hay diferencias. ¡Pues qué! ¿no hay diferencia entre el alma santa de Pedro y la del condenado Judas? ¿son acaso idénticas? Averroes, en su doctrina blasfema, niega la creación, la providencia, la revelación, la Trinidad, la eficacia de la oración, de las limosnas y de las letanias; no cree en la resurrección ni en la inmortalidad y coloca el *summum bonum* en el placer.

También entre los judíos, que eran entonces los portaestandartes de la inteligencia del mundo, se había propagado considerablemente el averroísmo. Su gran escritor Maimónides lo aceptó por completo, y su escuela lo extendía en todas direcciones; una persecución furiosa se levantó por parte de los judíos ortodoxos, y Maimónides, á quien antes habían declarado ellos mismos, con placer, como «el águila de los doctores, el gran sabio, gloria del Occidente, luz del Oriente, inferior únicamente á Moisés», fué considerado como apóstata de la fe de Abraham; había negado la posibilidad de la creación y creído en la eternidad del mundo; se había entregado al ateísmo y privado á Dios de sus atributos, haciendo de él un vacío, declarándolo inaccesible á la oración y extraño al gobierno del Universo. Las obras de Maimónides fueron quemadas por las sinagogas de Mompeller, Barcelona y Toledo.



Apenas habían las armas de Fernando é Isabel arrojado la dominación árabe de España, cuando el papado tomó medidas para extinguir estas opiniones, que se creía estaban minando á la cristiandad de Europa.

Hasta Inocencio IV (1243) no había habido tribunal especial contra los herejes, distinto del de los obispos. La Inquisición, introducida entonces de acuerdo con la centralización de los tiempos, fué un tribunal papal y general que ocupaba el lugar de los antiguos locales. Los obispos, por tanto, vieron la innovación con gran disgusto, considerándola como una intrusión en sus derechos. Se estableció en Italia, España, Alemania y provincias meridionales de Francia.

Los soberanos temporales tan sólo deseaban hacer uso inmediatamente de este poderoso mecanismo para sus objetos políticos personales. Contra esto protestaron los papas enérgicamente. No querían que su uso pasara del poder de los eclesiásticos.

La Inquisición, que ya había sido ensayada en el Sur de Francia, encontrándola eficaz para la supresión de la herejía, fué introducida en Aragón y se impuso el deber de acabar con los judíos.

En los tiempos antiguos, bajo los visigodos, había prosperado este pueblo grandemente; pero á la lenidad con que habían sido tratados, siguió la más atroz persecución cuando los visigodos abandonaron el arrianismo y se hicieron ortodoxos; promulgándose contra ellos las más inhumanas ordenanzas y decretándose una ley que los condenaba á todos á la servidumbre. No hay que maravillarse, pues, de los auxilios que prestaron á los sarracenos cuando éstos invadieron la península: como ellos, eran un pueblo oriental; ambos traían su origen de Abraham, su antepasado común; ambos creían en la unidad de Dios, y el defender esta doctrina había traído sobre sus cabezas el odio de sus señores los visigodos.

Bajo el mando de los sarracenos fueron tratados con la mayor consideración; se distinguieron por su saber y su riqueza; casi todos eran aristotélicos. Fundaron un gran número de escuelas y de colegios, y sus negocios mercantiles les hacían viajar por todo el mundo; estudiaban en

particular la medicina, y durante toda la Edad Media fueron los médicos y los banqueros de Europa. Consideraban el curso de los negocios humanos desde un punto de vista elevado, que no alcanzaron los demás hombres. Entre otras ciencias, se hicieron notables en las matemáticas y en la astronomía; compusieron las tablas alfonsinas y fueron los promovedores de los viajes de Gama. Se distinguían grandemente en la literatura amena; desde el siglo décimo al decimocuarto, su literatura fué la mejor de Europa. Se les encontraba en la corte de los príncipes como médicos ó tesoreros encargados de las rentas públicas.

El clero ortodoxo de Navarra había excitado contra ellos vulgares prejuicios. Para escapar á las persecuciones que se originaron, fingieron muchos convertirse al cristianismo y luego apostataron volviendo á su primera fe. El nuncio del papa en la corte de Castilla alzó el grito pidiendo el establecimiento de la Inquisición; los pobres judíos fueron acusados de sacrificar niños cristianos en la Pascua como mofa de la crucifixión; los más ricos fueron denunciados como averroístas. Por influjo de Torquemada, monje dominico y confesor de la reina Isabel, solicitó esta princesa una bula del papa para establecer el Santo Oficio. La bula fué concedida en Noviembre de 1478, para la averiguación y extirpación de la herejía. En el primer año que funcionó la Inquisición, esto es, en el 1481, se quemaron dos mil víctimas en Andalucía; además, miles de cadáveres fueron desenterrados y arrojados á la hoguera, y diecisiete mil personas castigadas ó aprisionadas perpetuamente. La raza entera tuvo que huir para salvar la vida; Torquemada, nombrado inquisidor general de Castilla y León, adquirió fama por su ferocidad. Se recibían denuncias anónimas sin que jamás se carease á los acusados con los testigos, y se acudía al tormento, que se aplicaba en mazmorras donde nadie podía oír los gritos de las víctimas, para obtener las pruebas que se deseaban. Como fingida conmiseración, estaba prohibido aplicar dos veces el tormento, y con horrible doblez se afirmaba que la tortura no había sido completa la vez primera, sino suspendida por caridad,



hasta el día siguiente. Las familias de los procesados quedaban sumergidas en una ruina inevitable. Llorente, historiador de la Inquisición, calcula que Torquemada y sus colaboradores, durante dieciocho años, quemaron vivas diez mil doscientas veinte personas, seis mil ochocientas sesenta en efigie, y castigaron por otros medios noventa y siete mil trescientas veintiuna. Aquel fraile fanático destruyó las Biblias hebreas donde quiera que las halló, y quemó seis mil volúmenes de literatura oriental en Salamanca, bajo el pretexto de que inculcaban el judaísmo. Con horror é indignación indecibles sabemos que el gobierno papal obtuvo mucho dinero vendiendo dispensas á los ricos para preservarlos de la Inquisición.

Pero todas estas espantosas atrocidades fueron ineficaces. Las conversiones eran escasas. Torquemada, por lo tanto, insistió en el destierro inmediato de todo judío no bautizado, y el 10 de Marzo de 1492 se firmó el edicto de expulsión. Se mandó salir del reino á todos los judíos sin bautizar, de cualquier edad, sexo ó condición, en todo el mes de Julio, y si eran habidos después de este plazo serían condenados á muerte; podían vender sus propiedades y llevarse su importe en mercancías ó letras de cambio, pero no en plata ni oro. Desterrados así de repente de la tierra de su nacimiento, donde habían vivido sus antepasados cientos de años, no pudieron vender lo que poseían en un mercado que la fatalidad hacía abundante. Nadie quería comprar lo que se obtendría de balde, pasado Julio. El clero español se ocupaba en predicar en las plazas públicas sermones preñados de acusaciones contra sus víctimas, las que al llegar el momento de la expatriación inundaron los caminos ensordeciendo el aire con sus gritos de desesperación; los mismos españoles lloraban al presenciar esta escena de agonía. Torquemada, sin embargo, agregó á su orden, que nadie osase prestarles la menor ayuda.

Algunos de los expatriados se dirigieron á Africa y otros á Italia; estos últimos llevaron á Nápoles el tifus adquirido en la travesía, del que murieron no menos de veinte mil habitantes de aquella ciudad, devastando la península entera; otros fueron á Turquía y algunos pocos á

Inglaterra. Millares de ellos, especialmente madres y niños de pecho, muchachos y ancianos, murieron en el camino entre las agonías de la sed.

A esta medida contra los judíos, siguió otra contra los moros. Una pragmática se publicó en Sevilla en 1502 que establecía la obligación en que estaban los castellanos de arrojar á los enemigos de Dios del país, y en la que se ordenaba que todo moro no bautizado en los reinos de Castilla y León, excepto los niños, habría de abandonar el país para fin de Abril. Podían vender sus propiedades, pero no llevarse oro ni plata; se les prohibió emigrar á dominios mahometanos castigando la desobediencia á esta orden con la muerte. Su condición fué, pues, peor que la de los judíos, á quienes se había permitido ir adonde quisieren, y era tal la satánica intolerancia de los españoles, que aseguraban que el gobierno obraría con justicia arrancando la vida á todos los moros por su incorregible infidelidad.

¡Qué ingratitud, tras de la tolerancia que éstos habían guardado con los cristianos en sus días de poder! No se observó fidelidad con las víctimas. Granada se había rendido bajo la garantía del completo goce de libertad civil y religiosa, y por instigación del cardenal Jiménez de Cisneros, fué violada esta condición, y tras una residencia de ocho siglos, se expulsó á los mahometanos del país.

La coexistencia de tres religiones en Andalucía, la cristiana, la mahometana y la mosaica, había dado facilidades para el desarrollo del averroísmo ó filosofía arábiga; esto era una repetición de lo que había ocurrido en Roma cuando, confundidos en la capital los dioses de todos los países conquistados, dejó de creerse en ninguno de ellos. El mismo Averroes fué acusado de haber sido primero musulmán, luego cristiano, luego judío, y finalmente incrédulo. Se afirmó que era autor del misterioso libro *De Tribus Impostoribus*.

En la Edad Media hubo dos célebres libros heréticos: *El Evangelio eterno* y *De Tribus Impostoribus*. El último fué atribuído con variedad al papa Gerberto, á Federico II y á Averroes. Los dominicos, en su odio implacable contra este último, le atribuían todas las blasfemias



que corrían en aquella época y no se cansaban nunca de recordar la célebre y ultrajante contra la Eucaristía. Sus escritos se habían conocido primero en la Europa cristiana, por la traducción que había hecho Miguel Scot á principios del siglo XIII, pero mucho tiempo antes de su época, en la literatura del Occidente lo mismo que en la del Asia, abundaban estas ideas; hemos visto con qué amplitud las había aceptado Erigena. Desde que empezaron los árabes á cultivar la filosofía, habían sido también inficionados y se admitían en todos los colegios de los tres califatos. Consideradas, no como una forma del pensamiento que nazca espontáneamente en todo hombre y en cierto estado de desarrollo intelectual, sino como originadas en Aristóteles, iban siendo continuamente acogidas con favor por los hombres de mayor ilustración. Así las vemos en Roberto Grossete, en Rogerio Bacon y también en Espinosa. Averroes no era su inventor y sólo les dió expresión y claridad. Entre los judíos del siglo XIII habían suplantado completamente á su verdadero maestro y Aristóteles había sido depuesto, ocupando su lugar su gran comentador Averroes. Tan numerosos fueron los convertidos á la doctrina de la emanación en la cristianidad, que el papa Alejandro IV en 1255 creyó necesario intervenir. Por orden suya compuso Alberto el Magno un libro contra la «Unidad de la Inteligencia.» Trata del origen y naturaleza del alma é intenta probar que la teoría de «una inteligencia aparte que ilumine al hombre por irradiación anterior al individuo y sobreviviéndole, es un error detestable.» Pero el antagonista más ilustre del gran comentador fué Santo Tomás de Aquino, destructor de todas las herejías, como la unidad de la inteligencia, la negación de la Providencia y la imposibilidad de la creación; las victorias del «Doctor angélico» fueron celebradas no sólo en las disputas de los dominicos, sino también en las obras de arte de los pintores de Florencia y Pisa. La indignación de este santo no tuvo límites cuando los cristianos se hicieron discípulos de un infiel peor que un mahometano. La ira de los dominicos, á cuyo orden pertenecía Santo Tomás, estaba aumentada por la inclinación de sus enemigos los franciscanos hacia

el averroísmo; y el Dante, que era su amigo, denunció á Averroes como autor de un peligrosísimo sistema. El odio teológico de estas tres religiones dominantes descargó sobre él y fué señalado como el creador de la máxima atroz de que «toda religión es falsa aunque todas son útiles probablemente.» En el concilio de Viena se intentó suprimir en absoluto sus escritos y prohibir su lectura á todos los cristianos. Los dominicos, provistos con el arma de la Inquisición, aterraron á la Europa cristiana con sus implacables persecuciones, imputando todas las infidelidades de aquel tiempo al filósofo árabe; pero no quedó éste sin apoyo: en París y en las ciudades del Norte de Italia, sostenían los franciscanos sus opiniones, y toda la cristiandad se hallaba conmovida por estas disputas.

Por inspiración de los frailes dominicos vino á ser Averroes el emblema de la incredulidad para los pintores italianos. Muchas ciudades de Italia tenían pinturas ó frescos en las que se representaba el día del juicio y el infierno y en él aparecía Averroes con frecuencia; así en una que había en Pisa figuraba al lado de Arrio, de Mahoma y del Antecristo; en otra está representado derribado por Santo Tomás, puesto que había sido un elemento esencial en los triunfos del gran doctor dominico. Continuó siendo familiar á los pintores italianos hasta el siglo XVI; sus doctrinas fueron sustentadas en la universidad de Padua hasta el siglo XVII.

Tal es con brevedad la historia del averroísmo al invadir la Europa por España. Bajo los auspicios de Federico II salió de Sicilia de un modo menos imponente; este soberano lo había adoptado por completo; en sus *Cuestiones sicilianas* pide luz sobre la eternidad del mundo y la naturaleza del alma, y suponiendo haberla encontrado en las respuestas de Ibn Sabin, se hizo campeón de estas doctrinas; pero en sus conflictos con el papado fué vencido y con él se extirparon estas herejías.

En la Italia superior se había sostenido el averroísmo largo tiempo, y era tan de buen tono en la alta sociedad veneciana, que todos los caballeros hacían alarde de profesarlo. Al fin la Iglesia tomó medidas decisivas contra